

# Niños rotos: del cuerpo violentado al devenir animal

CASSERA, Sofía / Universidad Nacional del Litoral (UNL) – [sofia\\_cassera@hotmail.com](mailto:sofia_cassera@hotmail.com)

---

» Palabras clave: cuerpo, niño, roto, devenir, animal.

## > Resumen

El siguiente trabajo se presenta en el marco de la adscripción en investigación en el Seminario de Literatura Española de la carrera de Licenciatura en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral (FHUC-UNL). El eje central de esta comunicación parte de pensar el *cuerpo-niño-roto* en un corpus constituido por dos novelas españolas contemporáneas: *Intemperie* de Jesús Carrasco y *El niño que robó el caballo de Atila* de Iván Repila. Ambas, publicadas en el año 2013, focalizan sobre los cuerpos de niños que, sometidos a un orden de violencia por parte de quienes tienen la responsabilidad de su cuidado, deben *hacerse-vivir* por sus propios medios. Es por ello que como hipótesis de trabajo se plantea que a través del *devenir-animal* se produce una obturación del orden al que son sometidos y da apertura a nuevos modos de vida. Se establece, entonces, un empoderamiento de sus cuerpos para poder decirse desde otras subjetividades que igualmente resultan indefinidas y que solo se pueden pensar dentro del devenir.

## > Espacios otros

Este trabajo surge como avance de la adscripción en investigación del Seminario de Literatura Española de la Licenciatura en Letras de la UNL. El mismo propone pensar el *cuerpo-niño-roto* en un corpus constituido por dos novelas españolas contemporáneas: *Intemperie* (2013) de Jesús Carrasco y *El niño que robó el caballo de Atila* (2013) de Iván Repila. Ambas focalizan sobre cuerpos de niños que, sometidos a un orden de violencia por parte de quienes tienen la responsabilidad de su cuidado, deben *hacerse-vivir* por sus propios medios. Es por ello que como hipótesis de lectura se plantea que los *cuerpos-niños-rotos* operan como obturación del orden establecido que da comienzo al *devenir-animal* (Giorgi, 2014), en el cual se inscriben nuevos modos de vida para esos cuerpos por fuera de espacios y estructuras conocidos, y se produce una re-estructuración de la gramática corporal para decirse desde otras subjetividades que resultan indefinidas y que solo se pueden pensar dentro de ese devenir. Para ello se rastrearán las figuraciones (Pozuelo Yvancos, 2010) de esos *cuerpos-niños-rotos* que nos permitan indagar su devenir y la persistencia del desbaratamiento, no solo de la anatomía tradicional desde la cual deberían ser pensados como un todo orgánico, sino también desde cómo se los dice. Este

recorrido sobre los textos que conforman el corpus permite visibilizar nuevos intentos de subjetivación, corriendo el eje del sujeto para plantearlo desde otras materialidades, intensidades y afectos.

Por un lado, *Intemperie* (2013) relata la historia de un niño que emprende la fuga de su hogar y en el camino se topa con un cabrero quien será su compañero en el llano, mientras es perseguido por el alguacil del pueblo con quien vuelve a reencontrarse tras la delación que realiza un tullido sobre su paradero. Por otro lado, el argumento de *El niño que robó el caballo de Atila* (2013) es el de dos hermanos que se encuentran de manera involuntaria dentro de un pozo, en el cual luchan para sobrevivir y salir. Lo llamativo es que, en toda su estadía allí, deciden mantener intacta una bolsa de víveres perteneciente a su madre y vivir de lo que les provee la tierra.

En esta oportunidad, nos interesa dar cuenta del problema de la espacialidad en la que se configuran esos *cuerpos-niños-rotos*. Las novelas trabajadas presentan figuraciones de niños que ingresan –de manera voluntaria o no– a una nueva vida dentro de pozos, lo que habilita a interrogarnos: ¿qué hacen ellos allí?, ¿por qué la niñez se encuentra en un pozo?, ¿qué implicancias tienen esos cuerpos en un espacio que se traza desde una verticalidad?, ¿de qué manera se configura esa espacialidad? Y por último, ¿cómo se nombran esos cuerpos? Lejos de poder dar una respuesta perentoria a estos cuestionamientos, nos sirven de guía para trazar un recorrido de lectura a partir de esa espacialidad que se constituye como punto de partida del *devenir-animal* y que actúa como territorio de reconfiguración de los *cuerpos-niños-rotos*. El pozo funciona aquí como umbral de esas vidas erradicadas de estructuras y espacios sociales determinados y contiene –aunque no implique un resguardo– a esos cuerpos como sucede en el vientre materno. Al decir de René Schérer y Guy Hocquenghem (1979 [1976]), el niño dentro del vientre es un cuerpo alógeno que tiene la capacidad de bloquear el sistema inmunológico de la madre puesto que de por sí el útero tiende a rechazar a cuerpos extraños. Esas corporalidades raras que suponen estos niños dentro de pozos, en sintonía a un desarme y rearme de su propio ser orgánico, implican también un tiempo de gestación allí, el cual se traduce en espera de un porvenir, o mejor dicho, de un *devenir*.

### › **Cuerpos-niños-rotos**

En primera instancia, es importante esbozar la categoría de *cuerpos-niños-rotos*, la cual nos permite leer las figuraciones desde un lugar ya vulnerado. Cuando decimos *cuerpo*, lo pensamos con Michel Foucault (2001, 2007) desde su arqueología moderna y la importancia que toma en el campo de la biopolítica, lo que implica entender al hombre como un ser viviente, orgánico, sobre el que el Estado actúa desde el poder soberano de *hacer vivir* y dejar morir. Desde esta perspectiva biopolítica según la cual el cuerpo se encuentra atado a tecnologías de control, Gabriel Giorgi (2014: 15) se permite evidenciar en un corpus latinoamericano la emergencia de un *devenir-animal* y postula que la cultura ha instaurado la ambivalencia entre lo humano y lo animal como vía para deliberar los modos en que

nuestras sociedades diferencian entre vidas a proteger y vidas a abandonar, eje fundamental de la biopolítica.

En segunda instancia, cuando decimos *niño*, aludimos con Schérer y Hocquenghem (1979 [1976]: 70) a una figura perturbadora en tanto que obtura la distancia entre los cuerpos en la medida que no dialoga sino que toca, recorre, experimenta. El niño se encuentra ligado íntimamente a la idea de cuerpo, puesto que vive y se expresa a través de él. Su cuerpo se expone como superficie de abarcamientos y aproximaciones y su presencia produce un reordenamiento del campo perceptivo que lo acerca a la condición animal. Ante este desborde que implica la niñez, permite ser leída en clave estética, por lo que los argumentos que se generen en torno a ella serán emparentados a los argumentos respecto del arte (Link, 2014).

Finalmente, cuando decimos *roto*, pensamos en las huellas de violencia sobre esos *cuerpos-niños*. Donde existe una fisura necesariamente debe haber un cuerpo que la sufra. Es por eso que la dimensión material es necesaria para esta lectura. Al ingresar a las obras nos encontramos cuerpos vulnerados por quienes deberían cuidarlos. Esto nos lleva a pensar con José Miguel G. Cortés (2014: 152) que lo que conocemos como “dulce hogar” muchas veces se termina convirtiendo en un espacio de violencia y humillación donde habita el autoritarismo y la arbitrariedad. Como consecuencia de esto, las relaciones de dominio se materializan desde la violencia psicológica y hasta física contra el más débil.

De alguna u otra manera estos espacios opresivos provocan un punto de fuga hacia otras zonas que los tensionan. Por ello, el *cuerpo-niño-roto* se encuentra íntimamente ligado a lo que Giorgi (2016) denomina *paisaje de sobrevida*, el cual se traduce como una gramática para una reorganización de los cuerpos. Proclama el paso de la muerte y desde ese punto se organiza. Giorgi (2016: 132) sostiene que son paisajes de desamparo donde los cuerpos caen y quedan, y que remiten a un “después” del cuerpo vivo; sin embargo, ese estado ulterior configura su materialidad y temporalidad, es decir, su propio “inicio”. De esta manera permiten evidenciar la productividad del interrogante sobre la vida y sus límites y del revés en el arte que provoca esta apertura de un *espacio-tiempo-otro* que se encuentra entre la vida y la muerte y que remite de manera constante a la discusión sobre los poderes de lo estético para potenciar formas alternativas de vida en contextos donde el límite del *bios* es saturado políticamente en términos de gestión sin un afuera que posibilite lo vivible (Giorgi, 2016: 128).

Por lo tanto, este cuestionamiento sobre las vidas vivibles resulta operativo en dos sentidos: a) en función de indagar de qué manera se literaturizan aquellas vidas otras que se encuentran en el umbral entre la vida y la muerte, entre lo humano y lo animal; b) en función de formular la pregunta por el espacio del *cuerpo-niño* y por su posición en el mapa de sentido, en su condición de fragmentado, mutilado, roto.

## > **Pozos comunes**

Roland Barthes en “Un recuerdo de infancia” expresa que “estar excluido no es estar fuera, es estar solo en el hueco, encerrado a cielo abierto: vedado” (2004 [1975]: 133). Este pasaje nos insta a decir que hablar de una exclusión es encontrarse, entonces, dentro de un pozo a la intemperie. Esta metáfora del *cuerpo-niño* expuesto bajo tierra nos permite ver un desplazamiento disidente del cuerpo (Prósperi, 2017): en primera instancia, de arriba hacia abajo. Una vuelta al final de la vida: donde termina un cadáver. Aquí comenzamos a leer esos *paisajes de sobrevivida* donde se trazan los restos de aquellos cuerpos que antes de ingresar a los pozos eran conocidos solo como niños y que, sin embargo, dentro de ellos se visibilizan las marcas y las huellas del orden de violencia en el cual se encontraban inmersos, puesto que el ingreso –voluntaria o involuntariamente– aparece como metáfora de quiebre, de fisura, de ruptura y de pasaje.

Es por eso que encontrarnos con niños dentro de pozos al inicio de las novelas hace que volvamos al interrogante principal planteado al comienzo de este trabajo: qué hacen los niños allí. Los cuerpos dentro de estos *espacios-otros* nos habilitan a decir que estamos frente a *cuerpos-niños-rotos*. La mutilación y el sometimiento ya se hallan inscritos en ellos desde el comienzo y se proponen como clave de lectura junto con el espacio en el que se presentan. Esta inscripción se refuerza tanto en *Intemperie* como en *El niño que robó el caballo de Atila* con un vaciamiento de referencias concretas. Este gesto permite la focalización en los cuerpos, en las materialidades, en los afectos y las intensidades que se configuran en el *espacio-tiempo* que se presenta como pozo y que esbozaremos a continuación.

En *Intemperie* (Carrasco, 2014)<sup>1</sup>, el pozo como espacio de desechos y de muerte se reconfigura para dar lugar al *cuerpo-niño-roto* que hace de esos desechos parte de sí como lo es su propia orina, cuya descripción potencia la focalización en la zona baja del cuerpo como alusión constante a la violación que el niño ha sufrido con anterioridad por parte del alguacil: “notó el prepucio contactando con sus tobillos y en ese momento ya no aguantó más y se dejó ir como una rueda cuesta abajo” (16). Al mismo tiempo y en este texto en particular, dicho espacio se vuelve contra el cuerpo, como se evidencia en el siguiente pasaje: “Después de tantas horas tumbado sobre el fondo del agujero, la arcilla apisonada se comportaba como una palangana, haciendo que se formara un charco de orín. Una atmósfera fosforosa convirtió el refugio en una mamita tóxica” (16). Así como también la espera se torna en una emergencia para salir de allí: “Necesitaba salir, romper la tapadera y emerger al olivar como si su cuerpo fuera un corcho repentinamente liberado desde el fondo de un pantano” (16-17). Vemos que la metáfora para poder nombrar ese cuerpo se va reforzando con las diferentes construcciones comparativas en forma desmembrada, tales como: “sus extremidades de alambre” (15), “El cuello como una bisagra herrumbrosa” (15) y “la cabeza como un periscopio” (17). De esta manera advertimos el desbaratamiento gramatical de ese *cuerpo-niño-roto* y el desplazamiento de sentido que produce.

---

<sup>1</sup> En adelante se indicará únicamente el/los número/s de página/s en las citas de esta obra.

También en *El niño que robó el caballo de Atila* (Repila, 2017)<sup>2</sup> nos encontramos con los *cuerpos-niños* ya fisurados dentro del pozo. En este caso, el espacio se visibiliza por medio de una gradación descendente, como se presenta en el siguiente fragmento: “El bosque limita al norte con una cordillera y está rodeado de lagos tan grandes que parecen océanos. En el centro del bosque hay un pozo” (11). Este inicio que principia el lugar ante los cuerpos, visibiliza desde donde se enunciarán.

La descripción de los niños que se encuentran dentro del hoyo se realiza por medio de una construcción comparativa:

[...] el hermano mayor es grande. Con las manos escarba mechones de arena para modelar un escalón que lo sostenga, pero cuando se levanta en el aire el peso de su cuerpo lo vence y la pared se rompe. El hermano menor es pequeño. Está sentado con los brazos alrededor de las piernas, solapando una herida reciente en su rodilla (12).

Esta comparación no solo demarca la diferencia entre los cuerpos, sino que también alude y traza los roles que cumplirá cada uno dentro del hueco.

A diferencia de *Intemperie*, los niños no son perseguidos ni buscados, sino que son abandonados a la muerte por la madre, quien explícitamente es nombrada como la culpable aunque el motivo siempre permanece velado. En ese desamparo, el pozo se configura como *nuevo país*, donde los cuerpos habitan haciéndose parte de él; pero también se presenta como metáfora uterina: “¿No sientes el líquido que nos rodea como si fuéramos fetos? Estas paredes son membranas y flotamos entre ellas, nos damos vuelta a la espera de nuestro alumbramiento prorrogado” (91). Esa *prórroga* hace que los cuerpos persistan hasta el momento indicado para la expulsión de uno de ellos con el fin de acabar con la vida de la madre. Vemos que aquí la muerte se encuentra manifiesta puesto que existe un cuerpo que queda y otro que sale. Y ahora el movimiento se produce de abajo hacia arriba. Así, el cuerpo del pequeño se configura desde su expulsión y permite leerse desde diversas metáforas, tales como “cometa de huesos”, “saco de arena”, “trozo de carne” y “esqueleto de mariposa”. Por último, se presenta un desbaratamiento total de ese cuerpo, como señala el siguiente pasaje: “sufría la ausencia de su hermano como una cavidad obligatoria. Sentía que un tiburón le había descuajado medio torso” (136). Y este vaciamiento potencia el gesto de apertura de sentido del *cuerpo-niño-roto*.

Esta breve aproximación nos ha permitido mostrar la manera en que los *cuerpos-niños-rotos* se presentan en espacios que se configuran como pasajes a nuevas formas de vida y como puntos de desbaratamiento de la gramática de esos cuerpos que ya no pueden ser nombrados como niños y, por ende, se inauguran nuevos modos de decirlos. Allí radica la importancia del corpus trabajado, en tanto que nos coloca desde un principio en un lugar incómodo para nombrar la niñez. De tal forma, nos queda por pensar de qué manera esos niños “de afuera”, que resultan indecibles, inenarrables, encuentran por medio de otros agenciamientos sobre sus cuerpos nuevos decires desde el *devenir-animal*.

---

<sup>2</sup> En adelante se indicará únicamente el número de página en las citas de esta obra.

## > **Referencias bibliográficas**

Barthes, R. (2004 [1975]). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona: Paidós.

Carrasco, J. (2014). *Intemperie*. Barcelona: Seix Barral.

Cortés, J. M. G. (2014). El cuerpo de la ciudad. Mapas del deseo. En J. V. Aliaga y J. M. G. Cortés, *Desobediencias. Cuerpos disidentes y espacios subvertidos en el arte en América Latina y España: 1960-2010* (97-184). Madrid: Egales.

Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. (2007). Derecho de muerte y poder sobre la vida. *Historia de la sexualidad, I. La voluntad de saber* (161-194). México: Fondo de Cultura Económica.

Giorgi, G. (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

\_\_\_\_\_. (2016). Paisajes de sobrevida. *Catedral Tomada. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 4(7), 127-141. Recuperado de [https://www.researchgate.net/publication/312426006 Paisajes de sobrevida](https://www.researchgate.net/publication/312426006_Paisajes_de_sobrevida) el 10/07/2018.

Link, D. (2014). La infancia como falta. *Cuadernos Lírico*, 11, 1-11. Recuperado de <http://lirico.revues.org/1798> el 10/07/2018.

Pozuelo Yvancos, J. M. (2010). *Figuraciones del yo en la narrativa. Javier Marías y Enrique Vila Matas*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

Prósperi, G. (2017). "Igual que un niño, que una niña...": Infancia, animalidad, queer. *Telar*, 19, 106-119. Recuperado de <http://revistatelar.ct.unt.edu.ar/index.php/revistatelar/article/view/347> el 13/07/2018.

Repila, I. (2017). *El niño que robó el caballo de Atila*. Barcelona: Seix Barral.

Schéerer, R. y Hocquenghem, G. (1979 [1976]). *Álbum sistemático de la infancia*. Barcelona: Anagrama.